

UN HOMBRE DE ESPERANZA

en tiempos de crisis



CONOCÍ al padre Robert Prevost en 1991, en una sencilla reunión de amigos. Me dijeron que era estadounidense y canonista, lo que me hizo pensar en alguien formal, al que había que tratar conservando protocolos y distancias; sin embargo, me sorprendió gratamente su calidez, cercanía y lo bien que hablaba español. Nos contó que nació en Chicago, que tenía ascendencia francesa, italiana y española por parte de sus abuelos; que antes de estar en Trujillo, Perú, había trabajado unos años en Chulucanas, y que le encantaba la comida peruana. A todos nos cayó bien, era una persona que sabía escuchar, acoger y transmitir confianza y seguridad.

Fue en 1992 cuando comenzamos a acercarnos más.

Él formaba parte del equipo de formación de los aspirantes agustinos en Trujillo. En la casa de formación había jóvenes que procedían de varias regiones del país:

Piura, Lambayeque, La Libertad, Lima, Loreto, Cusco, Apurímac, entre otras. Jóvenes que querían vivir según la Regla de san Agustín, viviendo unánimes en casa, teniendo un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios.

Además, el padre Roberto (como le llamábamos) tenía a cargo dos cuasi-parroquias: Santa María, Madre de la Iglesia, en la urbanización Santa María, y Nuestra Señora de Monserrat, en Monserrate. Ambas urbanizaciones de gente mayoritariamente de clase media. Aunque no eran parroquias completas en sentido canónico, en la práctica funcionaban como tales.

Como párroco, les dio un sello especial. Era como si hubiera llegado con una brújula que apuntaba hacia una forma nueva –y a la vez muy antigua– de ser Iglesia. Y no estaba solo en esta empresa: todo el equipo agustino de

Trujillo compartía esa energía serena y decidida, esa impronta de vida en común que lo envuelve todo, como camino de amor y servicio. Su modo de vida llamaba la atención en el barrio. No llegaban a imponer, sino a convivir. No intentaban cambiarlo todo de golpe: primero creaban lazos de amistad; observaban, escuchaban, acogían y después proponían. Y cuando proponían, ¿cómo decirles que no?

Uno de sus grandes aportes fue impulsar el plan pastoral llamado «Nueva Imagen de Parroquia», nacido del «Movimiento para un Mundo Mejor», que buscaba revitalizar las comunidades cristianas. En la práctica, esto significaba dividir la parroquia en zonas, formar equipos de coordinación en cada una de ellas, y hacer que la comunidad asumiera la responsabilidad de su camino de fe. Me llamaba mucho la atención esta forma de proceder, pues el párroco delegaba poder y funciones a los laicos.

Para mí, era una forma nueva de vivir la fe. La Iglesia dejaba de ser solo un edificio al que se acudía los domingos para el culto y pasaba a ser una red de relaciones, un cuerpo vivo. La misa seguía siendo el centro de la vida cristiana, sí, pero se extendía a la vida cotidiana, salía a la calle, a las casas, se manifestaba en las reuniones vecinales, en las noches de oración, en los círculos bíblicos, en los almuerzos compartidos en cada zona.

La Iglesia era la gente, el vínculo, el encuentro. No solo el párroco y su comunidad de agustinos. Y lo más profético era ver cómo personas tan distintas comenzaban a conocerse, a escucharse, a compartir más allá de sus diferencias de procedencias, estatus social o profesión. Se rompían prejuicios. Se sanaban viejas heridas. La fraternidad dejaba de ser discurso y se volvía vida.

Todo esto cobra más sentido si lo ubicamos en el contexto social de finales de los 80 y principios de los 90.

Los agustinos llegaron a la urbanización Santa María en 1988. Primero alquilaron una casa; luego, en 1991, construyeron su residencia y casa de formación. No era extraño, pues, ver al padre Roberto, durante algunos años, comprando y cargando materiales de construcción, entremezclado con obreros e ingenieros.

Dos momentos marcaron profundamente esos años.

La noche del 8 de agosto de 1990 se convirtió en una noche negra para el Perú. El ministro de Economía anunció un paquete brutal de medidas económicas para salvar el país de la hiperinflación, dejada por el primer gobierno de Alan García. A la mañana siguiente los precios habían explotado. Literalmente. Un pan costaba veinte veces más que el día anterior. El azúcar desapareció de los mercados, el arroz subió como una cometa

Robert Prevost actuó como un pastor sencillo y atento que hizo de la Iglesia un lugar de encuentro, esperanza y acción.

en un vendaval, y la leche se volvió inalcanzable. Si antes teníamos pobreza, ahora nos llegaba la desesperación. Y lo que se había prometido como una solución técnica fue, en realidad, un mazazo a los más vulnerables.

El presidente Alberto Fujimori, elegido con un discurso moderado y contrario al «shock» económico que proponía Mario Vargas Llosa, hizo justamente lo que juró no hacer: lanzó un paquete de medidas drásticas para enfrentar la hiperinflación, sin transición, sin advertencia, sin redes de protección. Ese día, y en los muchos que vinieron después, se hizo evidente una verdad incómoda: el Estado no tenía nada para responder a la situación de emergencia que él mismo había desatado. No había logística, no había presencia territorial real, no había confianza ciudadana. Donde había abandono, llegó el caos. Donde había pobreza, surgió el hambre. Y donde se esperaba orden, solo hubo silencio.

Pero en medio de esa situación crítica y desesperante, algo inesperado emergió como una columna vertebral: la Iglesia. No hablo aquí de discursos episcopales ni de homilías resonantes. Hablo de lo concreto. De lo pequeño. De lo humano. En barrios como los nuestros, en parroquias como las que animaba Robert Prevost, la Iglesia fue rostro, manos y pies de la solidaridad.

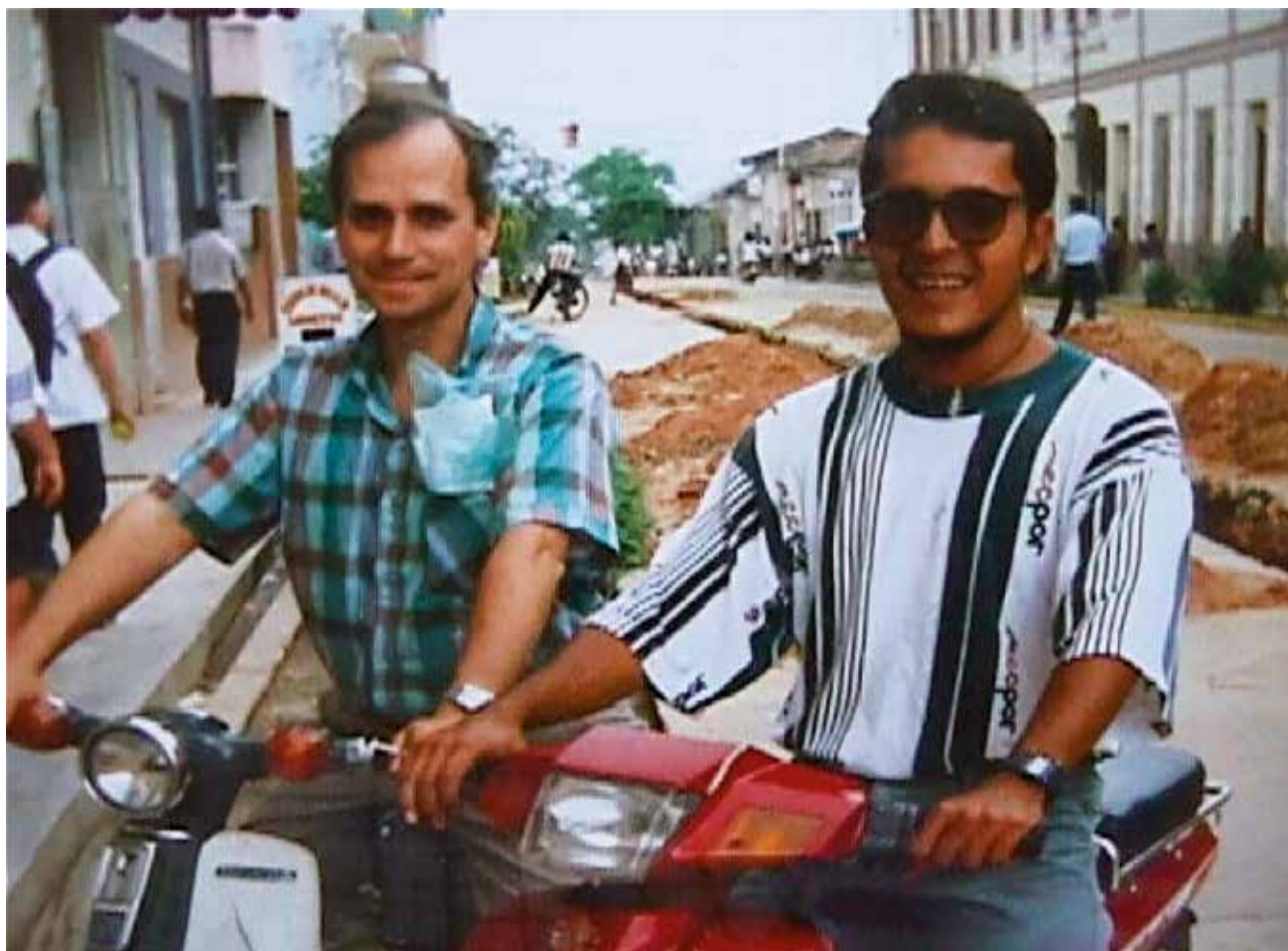
Cáritas del Perú, en alianza con organizaciones internacionales, movilizó recursos, donaciones, alimentos, medicinas. Pero eso no habría sido suficiente sin los brazos extendidos de las comunidades, que enfrentaron el desastre no desde el miedo, sino desde el cuidado, desde la participación comunitaria, desde la unidad en la diversidad, desde el sentimiento y la identidad de ser cuerpo de la Iglesia.

La idea no era solo repartir alimentos: era responder con inteligencia y ternura. Dar donde hacía falta, pero también involucrar a todos. Lo más potente era que nadie se sentía únicamente beneficiario; todos éramos parte de la solución, todos estábamos necesitados, pero todos podíamos compartir, no solo lo que recibíamos, sino también lo que podíamos dar.

Había días en que el patio de la parroquia se convertía en almacén. Llegaban camiones con arroz, lentejas, leche en polvo, pastas. No era una beneficencia. Era otra cosa. Era una red viva. Una comunidad que se dolía junta, pero que también se sostenía junta. Vi cosas que nunca había visto. Gente que compartía lo poco que tenía con quien no tenía nada.

Una vez, en una homilía, el padre Roberto dijo algo parecido a esto: Las crisis sacan lo peor de algunos, pero también lo mejor de muchos. Lo que hacemos aquí puede parecer pequeño, pero es enorme para quien lo re-





cibe. Y también es enorme para quien lo da. Esa era la clave. No se trataba solo de responder al colapso económico, sino de transformar la forma en que nos vinculá-bamos.

El padre Roberto tenía una habilidad especial para conectar lo espiritual con lo concreto. Nos hablaba de las bienaventuranzas como una hoja de ruta para estos tiempos: «para los tiempos difíciles». Y lo decía mirando a los ojos. No como un dogma, sino como una esperanza, como un camino que puede ser vivido y compartido.

Hoy, cuando vuelvo la mirada hacia esos días, no puedo evitar pensar que fue en medio del desastre donde más claramente vi el rostro de Dios. No en milagros espectaculares, sino en cosas tan simples como un niño llevando a la escuela a otros niños más pequeños, cogidos de la mano, al costado de la carretera; un grupo de madres organizándose para cocinar y dar de comer a otros; muchísimos jóvenes regalando

su tiempo para preparar y entregar los víveres a las personas que lo necesitaban; un sacerdote escuchando y acompañando con paciencia todo ese proceso.

Fue ahí donde comprendí qué significa eso de tener un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios. Fue ahí donde el Evangelio dejó de ser una lectura para volverse carne. Pan compartido. Mano tendida. Esperanza que no defrauda.

Y fue ahí, también, donde confirmé que el padre Roberto no era solo un gestor, un administrador de recursos, sino un hombre de Dios, un *mensajero* de Dios para la Iglesia.

La Iglesia dejó de ser solo un edificio para convertirse en una red viva de relaciones, solidaridad y esperanza compartida.

El segundo momento que recuerdo está marcado por la violencia. Sendero Luminoso crecía como fuego que lo arrasa todo. Destruía toda organización

que no se ajustara a sus ideales. Quería erigirse como la única solución posible para el país. En agosto de 1991, tres sacerdotes misioneros fueron asesinados en Ancash.

En febrero de 1992, María Elena Moyano, una dirigente vecinal de Villa El Salvador, en Lima, fue asesinada y su cuerpo dinamitado. Todo era oscuridad y muerte.

En ese contexto, lo más revolucionario que hizo Roberto fue escuchar y acompañar. Escuchar y acompañar de verdad. Sentarse con una señora del comedor popular por más de una hora y escuchar sus preocupaciones y miedos. Acompañar a un joven en crisis sin apurarlo en sus decisiones. Escuchar a los laicos sin paternalismo. Incluso a los que no creían en Dios, pero sí en la justicia y la dignidad humana. Ir a por el cadáver de un joven aspirante agustino tras un accidente de tráfico. Estar. Escuchar. Acompañar.

Yo era un joven bastante crítico con el proceder pasivo de la Iglesia. Había muchas cosas que no entendía, pero lo que vivíamos en esas reuniones, en las misas, en las visitas a las casas, sí que lo entendía. Ahí había algo verdadero. Algo limpio. Algo que se sentía en el corazón.

Una tarde de abril de 1992, tras una misa sencilla, hablamos sobre el golpe de Estado del presidente Fujimori. Hablamos del desconcierto, de los cambios. Él nos miró con esperanza y dijo algo como: «A veces, cuando todo se derrumba afuera, Dios nos llama a dejarse construir desde dentro de uno mismo. Desde nuestras limitaciones. Desde lo pequeño. Desde el corazón. No todo depende de nosotros, todo es gracia, debemos también confiar en la presencia de Dios, en su Palabra a pesar

de las circunstancias». Y esas palabras se me quedaron grabadas.

Gracias a su amistad intento vivir el Evangelio. Dejarme reconstruir desde adentro. Desde la fe que invita. Desde la comunidad que abraza. Y desde la espera activa en el Reino de Dios, que es don.

A finales de 1998, debía viajar de Trujillo a Chicago, pues su provincia agustina celebraba capítulo. Sentí una pena irracional. Le dije que temía que no regresara, que se quedaría allá. Y así fue. Fue elegido prior provincial de los agustinos de Chicago. En 2001 fue elegido prior general de los agustinos en todo el mundo, y reelegido en 2007 hasta 2013. En 2014 el papa Francisco lo nombró administrador apostólico de Chiclayo y obispo titular de Sufar. En 2015 lo nombró obispo titular de Chiclayo. En 2020, arzobispo. En 2023, lo creó cardenal. Y el 8 de mayo fue elegido papa.

Quienes lo conocimos en Trujillo nos alegramos por su elección. Lo vemos como siempre lo vimos: un hombre de oración, de escucha, de comunidad. Un pastor con olor a oveja. Un amigo de Jesús que comparte esa amistad con sus amigos. Y yo, testigo de ese tiempo, de ese rostro de Dios en medio del caos, doy fe de que, aunque el mundo se derrumbe, hay hombres que construyen. Que siembran. Que permanecen. Que consueñan. Que sostienen. Y creo que eso hará en su nuevo ministerio.

